

Lumpen, delincuencia o desesperación.

El desastre de Santiago. Desde Michimalonco la ciudad ha sabido lo que es ver destrucción, llamas y muertes. Los abusos cometidos entonces por los españoles llamaban al levantamiento de los indígenas y no había razón posible para resolver los conflictos. Las hordas extasiadas por el alcohol que ellos mismos le proveían los alienaba y la barbarie arreciaba con todo lo que se ponía a su paso y que no tuviera sus colores, su idioma o su desnudez.

Las llamas surgieron una vez más en las estaciones del Metro, en edificios del sector céntrico, en las calles, en las micros y en todo aquello que sirva de combustible. Vistas espeluznantes y un público embobado captando con sus celulares y corriendo riesgos en sus vidas, entorpeciendo el tránsito y el despliegue de bomberos.

Las sirenas opacan el sonido de las cacerolas, los gritos o las órdenes de la fuerza pública. El desorden es general y cuando se ve a decenas de miles de personas en las calles no puede ser considerado como el atentado de un grupo específico y mucho menos coordinado.

No es simplemente lumpen ni delincuencia. Aquellos esperan la oscuridad de la noche para hacer de lo suyo. La mayoría de hoy reclama con el rostro descubierto y tiene suficientes razones como para justificar sus acciones. Las expresan al unísono, porque a la mayoría de los ciudadanos les afecta de la misma manera. El daño al bolsillo es en las mismas proporciones y, definitivamente, se ha visualizado de manera drástica la verdad de la vida social en Chile.

Se justifica la negatividad de las instituciones y autoridades de reconocer la propiedad de los fondos de los trabajadores, mientras sus agentes y directores gozan de remuneraciones impensables.

Se descubre la colusión de los servicios básicos y que estos se prestan en mala calidad. Las empresas ganan mientras puedan. Si cambian las condiciones se irán a la quiebra, pero mientras tanto sus ejecutivos serán golosamente recompensados y reacomodados en otras del mismo estilo o del mismo patrón.

La salud está en crisis, donde hay una colusión de muchísimos médicos que encargan exámenes, recetan remedios o hacen interconsultas para mantener el sistema económico circulando. Total, la gente está convencida que le sale barato, pues el sistema (Fonasa o Isapre) paga. Se olvidan que gran parte de ello ha sido proporcionado por el propio trabajador y que cada "bono" va a engrosar la billetera de muchos que se creen dioses. Eso va a despertar también y será tan grave como la colusión de los pollos, del confort o las farmacias o la subida del valor del metro. Será más lento porque la gente que busca sanación lo hace con dolor, esperando ser atendido y sanado y muerde su impotencia ante otros que están en las mismas condiciones y que, por idiosincrasia del chileno, nadie se atreve a reclamar.